

en materias monetarias. Los hombres, las mujeres, los niños, todos piden; las aldeas enteras resuenan del uno al otro extremo con esta palabra: *¡bakshish!* Por regla general, puede decirse que los países del Oriente, con necesidad ó sin ella, son países mendigos.

A las ocho nos pusimos en marcha. Las azoteas de las casas estaban coronadas de gente. Las mujeres nos veían con grande curiosidad, y apenas les fijábamos la atención, corrían á ocultarse. Aun en esta aldea miserable las mujeres traían alhajas en profusión. Muchas tenían el rostro descubierto, pero las más lo ocultaban tras un velo. No hay mujer, ni la más infeliz, que no lleve brazaletes. Algunas llevan un anillo sobre la nariz, como en Egipto. El anillo, el velo y los brazaletes son de uso inmemorial en Oriente. Cuando Eliezer, mayordomo de Abraham, fué á la Mesopotamia á buscar mujer para Isaac, habiendo encontrado á Rebeca en la fuente, después de averiguar de qué familia era, *le puso un pendiente sobre su nariz y brazaletes sobre sus manos.* Cuando conducida por Eliezer llegaba á Bersabé, habiendo visto á Isaac que venía por el camino á su encuentro, *tomó el velo y cubrióse.*

### § III

#### NAPLUSA (SIQUEM.)

Seguimos nuestro camino por la falda de la pequeña cadena de montañas que forman el Garizim, con rumbo al noreste, y teniendo á nuestras plantas una llanura (uadi-Mokhua.)

La mañana estaba hermosísima. Galopando, y con el humor más bello del mundo, caminamos por espacio de hora y media, disfrutando hermosísimas vistas, y dejando como siempre á la derecha y á la iz-

quierda aldeas asentadas sobre los picos más elevados de las rocas, semejantes á los nidos de las águilas.

De pronto torcimos á la izquierda, y se abrió á nuestros ojos un valle delicioso que se extiende entre dos montes célebres, el Hebal y el Garizim. Atravesamos un bosque de olivos. Entre ellos hay una fuente á la que vienen á tomar agua las mujeres de Naplusa. Al terminar el bosque hay un cuartel, que es un hermoso edificio en construcción, de arquitectura europea.

Un momento después llegamos á Naplusa, ciudad de las más importantes de Palestina. Naplusa ocupa el lugar de la antigua Siquem. Está rodeada de murallas de piedra muy antiguas. La puerta por donde entramos es muy estrecha. La ciudad es larga, y las calles sombrías y pavimentadas con grandes piedras de superficie lisa y resbalosa. Hay muchas que están cubiertas con bóveda, y son de tal manera estrechas, que apenas pueden pasar por ellas al mismo tiempo dos personas á caballo.

Naplusa tiene de diez y seis á veinte mil habitantes, entre los que se cuentan cien católicos, quinientos griegos y quinientos entre samaritanos y judíos. Hay en la ciudad un misionero latino que es un francés llamado M. Morvieu.

Nos dirigimos directamente á la casa de este misionero. Llegados allí, fuimos conducidos á la presencia del eclesiástico.

La casa tiene exterior mezquino y hermoso interior, como la mayor parte de las habitaciones orientales. El gobierno turco hace pagar muy caras las fachadas, y por esto hay pocos que se permitan el lujo de tenerlas buenas.

En la sala nos encontramos en presencia de dos personajes vestidos á la turca, que fumaban sus *narghilés* sentados muellemente sobre los divanes. No creímos que ninguno de ellos fuese el sacerdote católico. M. Delestre preguntó en francés por el misionero, y entonces se levantó sonriendo uno de aquellos personajes, que tenía una hermosa y larga barba, diciéndonos:

—Servidor de ustedes, señores.

Dijímosle que deseábamos pasar aquel día y aquella noche en Naplusa y que le suplicábamos nos diera hospedaje en su casa.

Inmediatamente consintió en ello con suma cortesía, y nos condujo á un hermoso salon, donde encontramos dos lechos á la europea.

Apenas instalados en nuestro aposento, oímos voces en el patio, y bajamos por ver cuál era la causa de aquel ruido. Era que habia vuelto á moverse disputa entre Anna el dueño de las mulas, y nuestro dragoman. Anna pretendia que le era preciso tomar un descanso de tres dias en Naplusa para poder continuar el viaje, porque sus bestias estaban muy fatigadas; mientras Fortunato declaraba que al día siguiente habríamos de continuar indefectiblemente la marcha. Oyó M. Morvieu el altercado y aconsejó á los contendientes ocurrieran al juez del lugar, que daría la razon al que la tuviera. Vinieron en ello ambas partes, y en seguida nos pusimos en marcha, el arriero, el dragoman, M. Delestre y yo, precedidos por el misionero, á la casa del *sheikh*.

En el momento de llegar, comenzaba casualmente el *sheikh* á ejercer sus funciones judiciales. Tenia amistad con M. Morvieu, y dió el primer lugar á nuestra disputa. Escuchó al arriero, escuchó al dragoman, y habiéndonos preguntado á M. Delestre y á mí si queríamos continuar ó no la marcha, y habiendo nosotros contestado que sí, falló en seguida y sin mas trámites, que el arriero estaba obligado á continuar el viaje al día siguiente. A fin de que sus órdenes no quedaran burladas, las extendió en seguida por escrito y las puso en manos de Fortunato para que este las presentara á las autoridades del tránsito, en caso de que el arriero insistiese nuevamente en hacernos detener en algun otro lugar. Mandó asimismo á un soldado que acompañara durante todo el día al arriero, con el objeto de que este no pudiera fingir pérdida de bestia, ni enfermedad ninguna, ni otro obstáculo cualquiera que nos impidiera seguir caminando.

Concluido este incidente, el misionero nos propuso servirnos de guía, para que visitáramos los lugares mas curiosos de la ciudad.

Admitimos con gusto la proposicion del sacerdote, y nos echamos á andar por las calles barrosas de Naplusa.

Esta ciudad, como lo he dicho, es la antigua Siquem. Jacob, á su vuelta de la Mesopotamia, levantó sus tiendas en este valle. Dina, hija de Lia y de este patriarca, doncella de quince años, con la curiosidad propia de la juventud, salió del campamento de su familia para ver á las mujeres de Siquem. Siquem, hijo de Hemor, habiéndola mirado se enamoró de ella, la condujo á su casa y abusó de su inocencia. Entonces Siquem y Hemor, su padre, propusieron á los hijos de Jacob que se quedaran en aquel lugar y formaran todos un solo pueblo. Los hijos de Jacob consintieron en ello, poniendo por condicion que todo varon siquemita fuera circuncidado. Habló Siquem á su pueblo, y el pueblo convino en lo propuesto, y él y su pueblo se circuncidaron en seguida. Y á los tres dias, cuando los dolores de las heridas eran mas grandes, Simon y Leví, hermanos enteros de Dina, tomaron sus espadas, entraron en la ciudad, pasaron á cuchillo á todos sus habitantes, y rescataron á Dina. Este acontecimiento llenó de amargura el corazón del justo Jacob.

Antes que este patriarca pasara á Betel, purificó á toda su familia, y enterró á los piés de un terebinto que se hallaba detrás de la ciudad, los ídolos y los pendientes que se encontraban entre las personas de su casa. Despues de la conquista de Canaan por Josué, Siquem fué dada á la tribu de Efraim como ciudad sacerdotal. Josué poco antes de morir, reunió aquí al pueblo de Israel para exhortarlo á la obediencia de la Ley.

Cuando la division del reino de Israel, bajo Roboam hijo de Salomon, Siquem vino á ocupar el rango de capital del reino de Israel, siendo Jeroboan su primer soberano.

Doscientos cincuenta y tres años despues, en los tiempos de Oseas, llegaron los asirios, se apoderaron de la Samaria, y se llevaron á las

diez tribus cautivas. El pueblo israelita fué reemplazado por muchedumbres idólatras, enviadas de Babilonia. Esta gente se mezcló con los pocos israelitas que quedaron en la tierra, y de su mezcla resultaron los samaritanos, pueblo que reunía á las tradiciones hebreas, las idolatrías babilónicas.

Después de la cautividad, los samaritanos se ofrecieron para ayudar á la reconstrucción del Templo de Jerusalen; pero los judíos rehusaron admitir su ofrecimiento, y aun les negaron ser hijos de Abraham. Esta repulsa hirió en su punto más sensible el corazón de los samaritanos, y fué origen del odio mortal que se tuvieron samaritanos y judíos, odio religioso agravado por las rivalidades políticas de pueblo á pueblo.

El Evangelio fué predicado á los habitantes de Siquem por el Salvador mismo.

Vespasiano estableció en Siquem una colonia romana, bajo el nombre de *Flavia Neapolis*. Lo de *Flavia* le venía del nombre del emperador, y *Neapolis* quería decir *ciudad nueva*, de manera que las palabras Nápoles y Naplusa reconocen el mismo origen etimológico.

En tiempo de los Cruzados hizo Naplusa un papel principal. Después de la batalla de Hittin, cayó en poder de los musulmanes, á fines del siglo XII.

En 1834, los habitantes de Naplusa, conducidos por su *sheikh* Kassim-Ahmeth, al cual se reunió gran número de paisanos de distintas partes de Palestina, sitiaron á Ibrahim-Pashá en Jerusalen. El virey de Egipto temió por la vida de su hijo, y poniendo en libertad al bandido Abugosh, á quien tenía prisionero, vino á un acomodamiento con Kassim-Ahmeth. Y hubo juramento de paz por ambas partes. En consecuencia, el sitio de Jerusalen fué levantado, y los *fellahs* que componían el ejército sitiador, volvieron á sus labores del campo. Entonces Ibrahim ardiendo en deseos de venganza, salió de Jerusalen con diez y seis mil hombres, y se arrojó sobre la Samaria llevándolo todo á sangre y fuego. Siquem fué casi destruida, y su desgraciado

*sheikh* conducido á Damasco y decapitado en compañía de sus cuatro hijos.

Este episodio de la guerra de Siria es una mancha de las glorias de Ibrahim.

Cuéntase que encontrándose este guerrero en Naplusa, se le presentó una mujer cuyo marido, hijo y hermano estaban prisioneros en poder de Ibrahim, pidiendo la vida de su hermano. Asombrado el general egipcio de que esta mujer prefiriese salvar á su hermano, á salvar á su hijo ó á su esposo, le preguntó cuál era la causa de que observase esta conducta inexplicable. A lo cual ella contestó:

—Señor, si enviudo y pierdo á mi hijo, puedo casarme de nuevo y tener otros hijos, pero si pierdo á mi hermano, con nada podré reemplazarlo, porque es el único que tengo, y mis padres han muerto.

Asombrado Ibrahim de esta manera de discurrir, puso en libertad á todos tres.—

El misionero nos condujo á una iglesia del tiempo de los Cruzados, que está muy bien conservada, y tiene fachada semejante á la del Santo Sepulcro. Actualmente está convertida en mezquita.

De allí nos dirigimos á la sinagoga samaritana, pasando por calles abovedadas, oscuras y pestilentes. Algunas de ellas son cruzadas por las corrientes del agua que se desborda de las fuentes. De suerte que con gran dificultad puede transitarse por la vía pública, pues es preciso andar á saltos y con el ojo vigilante.

La entrada de la sinagoga samaritana es sumamente mezquina. Hay primero un patio pequeño, de allí se sube á un segundo patio por una escalera de piedra. Aquí se encuentra la puerta de la sinagoga. Es esta pequeña en extremo. Una bóveda de mediana altura se levanta del punto céntrico del edificio; el piso está cubierto con esteras y las paredes blanqueadas con cal.

Entramos en la sinagoga precedidos por M. Morvieu, y no pasamos del vestíbulo. Nadie puede seguir adelante sin descalzarse enteramente, pues las pantuflas mismas están prohibidas. Ni M. Delestre

ni yo pudimos resolvernos á marchar por allí con los piés desnudos, y contemplamos la sinagoga desde el vestíbulo.

Habia dos ó tres hombres ocupados en limpiar las cosas pertenecientes á aquel sitio. El gefe de ellos era un jóven como de diez y ocho años, vestido con ancho calzon de género blanco de lino, chaquetilla corta del mismo color y *tarbush* rojo. Tan luego como llegamos, vino este *sacristan* á preguntar qué se nos ofrecia, y M. Morvieu le suplicó trajese el Pentateuco samaritano. Negóse á ello el muchacho, diciendo que no le era licito llevar aquel libro de aquí para allí; entonces el misionero le ofreció tres francos, y él no opuso ya resistencia, y fué á traer el Pentateuco para ponerlo delante de nuestros ojos.

En el fondo del templo hay una enorme cortina de color verde que cubre todo aquel lienzo de muralla. Allá se dirigió el muchacho, y apartando con sumo respeto la cortina, sacó de una especie de tabernáculo dorado un objeto envuelto en tela verde. Uno de los hombres allí presentes se apresuró á traer un atril de blanca madera, y el muchacho colocó el objeto que venia cargando sobre el atril. En seguida, con el mayor respeto, hizo á un lado los cordones y las borlas de oro que habia sobre la cubierta verde, y apartando esta, puso delante de nosotros el célebre Pentateuco. Está escrito en pergaminos enrollados, como era el uso antiguo. Cada página tiene dos columnas de letra tan hermosa y correcta, que causa trabajo creer que haya sido formada con la mano, y en época remota.

Este Pentateuco está escrito en dialecto samaritano, pero con caracteres hebreos. Los samaritanos hablaban un dialecto compuesto del hebreo y el caldeo, pero conservaron los caracteres hebreos; al paso que los judíos adoptaron el alfabeto caldeo de la cautividad. Así que el libro de que me ocupo, puede decirse hebreo por lo que hace al alfabeto, y samaritano por el dialecto.

Los poseedores de este curioso manuscrito aseguran que les viene de Abisca, hijo de Fineas, hijo de Eleazar que lo fué de Aaron, 1,500 años A. J. C.

Hay quien piense que este libro data del tiempo de la cautividad, y que fué traído á esta tierra por un sacerdote enviado de Babilonia, para enseñar al pueblo á adorar á Dios.

Otros opinan que no data sino del de Manasses, primer gran sacrificador del templo samaritano levantado sobre el Garizim, 300 años A. J. C. Esta es la opinion mas verosímil.

De todas maneras, el manuscrito, segun todos convienen, no puede tener menos de dos mil años, que es á la verdad fecha respetable.

Este libro es la mejor prenda que poseen los samaritanos, en la cual se miran, y por la que se desviven. Como ha sucedido ya tres ó cuatro veces que algunos ladrones mahometanos pagados por los viajeros británicos, hayan tratado de robarse el Pentateuco, los samaritanos lo vigilan de dia y de noche; dispuestos hombres, mujeres y niños á derramar por él hasta la última gota de su sangre.

El odio entre samaritanos y judíos dura todavía hasta la fecha, y es grande como en el tiempo de Jesucristo. Por otra parte, los samaritanos han purgado su religion enteramente de las idolatrías de que estaba manchada en la antigüedad. Mas tienen por apócrifos los libros sagrados escritos despues del Pentateuco, y solo este veneran.

Conservan aún todas las prácticas prescritas por la ley mosaica; se casan entre sí únicamente y observan al pié de la letra aquel aseo del cuerpo, mandado en el antiguo Testamento. Tal vez en virtud de este aseo gozan los samaritanos por lo general, salud perfecta, y tienen larga vida.

Hubo un tiempo en que los individuos de esta religion se vieron reducidos al número de cincuenta, pero ni entonces ni nunca han perdido la fé ni la esperanza. Los samaritanos se casan muy jóvenes y procuran tener larga descendencia para crecer su pueblo; ahora son cerca de cuatrocientos. Esperan la venida de un gran profeta que ha de libertarlos de todas sus desgracias, y que hará que el mundo entero se convierta á la religion de ellos.